

2 Timoteo 1:9-10

Texto: 2 Timoteo 1:9-10

Estimados miembros de la familia y amigos de Juan Torres.

Enfrentarnos con la muerte siempre nos hace pausar, y reflexionar en el curso y propósito de nuestra propia vida, y en el hecho de que tarde o temprano todos nosotros tendremos que enfrentarnos con la muerte también. La muerte no es nada placentera ni agradable en sí misma. De hecho, la Biblia llama la muerte el último enemigo de los humanos. Dios no quería nuestra muerte. No nos hizo solamente para morir. Dios nos creó con especial amor y cuidado, para vivir en íntima comunión con él para siempre. Nos hizo conforme a su imagen, santos y perfectos, y nos puso en un mundo perfecto. Pero es muy evidente que ese no es el mundo en que vivimos ahora. En el mundo de hoy hay mucho sufrimiento, mucha pobreza, mucha discordia familiar, muchos rencores y odio. Y lo más universal, que afectará a todo ser humano, ahora existe la muerte. Sabemos la historia, de cómo Adán y Eva pecaron, desobedeciendo a Dios, y cayendo en la condenación de muerte. Pero la muerte no se quedó solamente con Adán porque el pecado no se quedó solamente con Adán. Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. La muerte de uno de nuestros familiares y amigos sirve de recuerdo a cada uno de nosotros de que también, en las palabras del himno de la edad media, "*media in vita mortus sumus*", en medio de la vida estamos en muerte.

En medio de la vida física, podemos estar en la muerte espiritual y eterna, separados de Dios, "muertos en delitos y pecados", como lo dice San Pablo. Es una situación trágica, y de la cual no tenemos el poder de librarnos.

Pero así como Cristo una vez, viendo a una viuda saliendo de la ciudad, llevando a su único hijo para sepultarlo, le dijo "No llores", y dijo "Joven, a ti te digo, levántate", y ese cuerpo inútil y sin fuerzas recobró la vida, y fue restaurado a su familia, así también Cristo viene a nosotros en nuestra muerte espiritual, y por su poder y el poder de su evangelio, su mensaje de perdón para los pecadores, nos da la vida como miembros de la gloriosa familia de Dios, nos restaura lo que perdimos por el pecado de Adán. Así San Pablo habla a Timoteo acerca de "Nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio". Cristo quitó la muerte, la canceló, la destruyó. ¿Cómo? Por tomar el pecado de cada uno

de nosotros sobre él, por llevar esa carga inmensa e insoportable sobre su espalda, por sufrir los azotes y burlas y espinas y los clavos en la cruz del Calvario. Por ser abandonado por su Padre celestial en las horas de tinieblas en el Viernes Santo. ¿Cómo quitó Jesús la muerte? Muriendo, muriendo. Tomando nuestro castigo, lo que nosotros merecimos sobre él mismo, y pagando toda nuestra deuda por una vida de pecados.

No es por nada que la Iglesia ha establecido un tiempo que se llama la Cuaresma, es para que pensemos en estas cosas, y veamos todo lo que costó a nuestro Salvador Jesucristo quitar para nosotros la muerte. Y para que en gratitud dejemos el pecado que sólo nos trajo la muerte, para amar y servir solamente a este amoroso Salvador Jesucristo.

Al quitar la muerte, nuestro Salvador Jesucristo sacó a luz la vida y la inmortalidad. Cristo murió por nuestros pecados. Pero no se quedó muerto. La cuaresma termina en la gloriosa celebración de la Pascua de la resurrección de nuestro Salvador. "Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron es hecho". Venció el pecado, y con eso venció la muerte. Y no solamente para sí mismo, sino para todos los que ponen su confianza en él para el perdón y la vida. Él es las primicias, el primero de una rica cosecha de cuerpos que resucitarán para la vida eterna. Como Cristo resucitó para nunca volver a morir, también para todos los creyentes les da la inmortalidad. Yo soy la resurrección y la vida; dijo Cristo. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.

La muerte de alguien a quien hemos querido siempre es triste. Pero Dios puede usar hasta los momentos de dolor y tristeza para traernos sus bendiciones. Si hoy nos enfrentamos no solamente con la muerte, y con el resultado de nuestros pecados, sino también a nuestro Salvador Jesucristo, quien ha quitado la muerte con su muerte y sacado a luz la vida y la inmortalidad para nosotros con su resurrección, esta ocasión habrá sido una bendición para nosotros también. Porque si ponemos nuestra confianza y esperanza en nuestro Salvador Jesucristo quien dio su vida también por nuestros pecados, entonces estamos preparados para nuestra propia muerte. Y nosotros podremos enfrentarnos con nuestra muerte con la triunfante exclamación: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.
Amén.